

## La aventura equinoccial de Lope de Aguirre

New York. Las Americas Publishing Co. 1964. 362 pages.

Escribe: RICHARD F. ALLEN

Esta narración histórica de hechos memorables, sacados de los archivos españoles del siglo XVI, presenta un documento auténtico de la sublevación de un puñado de españoles aventureros que en busca de riquezas se habían enlistado en la expedición a El Dorado, pero que debido a las circunstancias que se desarrollaron, se encontraron en medio de una sublevación dirigida por el viejo aventurero español, Lope de Aguirre. Este, audaz y obsesionado por su ambición de poder, honor y riquezas, quería independizarse del rey don Felipe II y conquistar las tierras del Perú para sí mismo y sus hombres leales.

Aguirre, aunque ya se sentía viejo, contaba cuarenta y cinco años, vivía amargado con su destino, ya que según él nunca había logrado nada importante en su vida, mientras que otros de igual mérito o sin mérito alguno se habían forjado una buena posición en estas tierras de Indias, gozando de riquezas, esclavos y honores. Es Aguirre la sombra de un pasado tormentoso de la época de la conquista que nos viene a revelar con lujo de detalles lo que era la vida en las colonias españolas o Indias.

Ramón Sender nos ofrece además de esta narración genuina de la antiepopeya de Aguirre, un regalo de abundantes descripciones llenas de colorido de la selva, que con su flora y su fauna representaba uno de los elementos inaccesibles de la naturaleza. Todo era extraño en esas tierras, nuevo, primitivo e indómito. La lucha contra los elementos de la naturaleza era casi siempre una lucha perdida. Había peligros de todas clases, hormigas, arañas, jaguares, monos, tapires, pumas, mil especies y subespecies y familias de pájaros, como papagayos, colibríes, garzas, águilas, gallinazos, cuervos. Todos gritaban al mismo tiempo, siendo los señores y dueños de aquel parque cuyos confines no se podían imaginar.

Había otro elemento en contra del hombre en aquellas tierras, el calor tremendo del equinoccio que no cesaba ni de día ni de noche; calor húmedo plagado de mosquitos, los eternos mosquitos que continuamente caían sobre los cuerpos semidesnudos, moscones verdes y avispas y abejas. Toda clase de bichos venían a aumentar la miseria del hombre en estas tierras inhospitas.

pitalarias. No había alivio contra estos elementos. Una especie de murciélago chupaba la sangre cuando la víctima dormía, abriendo una abertura en forma de cuadrado de una pulgada, de donde chupaba hasta hartarse, sin que la víctima jamás se diera cuenta de lo que pasaba hasta que al día siguiente se encontraba la parte chupada cubierta de sangre. Este bicho obligaba a dormir con el cuerpo cubierto aumentando así la tortura del calor sofocante.

Todo el libro es un relato de sufrimientos, traiciones, envidias, hambres (había días enteros que se la pasaban sin comer), sin embargo el libro en sí es fascinante y mantiene la atención del lector debido a la originalidad del tema y a la rapidez con que se desarrollan los sucesos. Era el año 1559. Una expedición a El Dorado se pregonaba en las tierras del Perú. Urzúa, capitán a cargo de la expedición, nombrado por el virrey era hombre en plena juventud con un pasado brillante y un futuro donde ya relucían estrellas de honores, riquezas y fama. Era hombre de presencia provocativa que suscitaba antagonismos. Comenzó Urzúa en enlistar gente para la empresa que partiría de los Motilonés, provincia situada al norte del Perú. Acudieron a su llamada gentes de toda clase: sujetos malfamados, perseguidos por la ley, verdaderos delincuentes. Entre ellos iba Lope de Aguirre. Andaba la expedición corta de fondos y los preparativos se alargaban poniendo a los hombres nerviosos por la inacción, el destierro, el calor, la falta de recursos, ya que la paga a estos expedicionarios se les daba en promesas, no en oro, el cual andaba muy escaso. Al enlistarse en esta expedición este puñado de aventu-

ros iba en pos de riquezas; no existía entre ellos temor, pero sí temeridad; aunque todos eran católicos, muchos no creían en Dios o interpretaban las doctrinas y dogmas católicos a su manera, con el fin de que sirviera a sus propósitos, casi siempre criminales. El aburrimiento de la espera los hacía formar rivalidades y querellas. Otros, como Lope de Aguirre, tenían mucho tiempo para pensar en sí mismos; él cavilando hosco y ceñudo, apartado de todos, entretenía sus pensamientos en recordar sus miserias y las injusticias que había sufrido. "Hasta cuando defendía al rey estaba en falta y quería hacérmelo pagar. No obstante lo que se pierden en estas tierras se pierden porque quieren, que lejos está Castilla y allí no saben nada de lo que aquí pasa por la distancia y aunque quisieran remediarlo ya sería tarde...". En estas y otras reflexiones se pasaba los días Lope de Aguirre; mientras tanto los preparativos casi estaban completos, solo que el capitán Urzúa necesitaba informes más concretos sobre El Dorado, principio y fin de la expedición. Los indios describían esta ciudad construida con losas de plata y oro, con un "gran lago donde se bañaba el rey de aquel país para ser después unguido y su piel cubierta de láminas de polvo de oro. Era servido aquel rey por esclavos vestidos de igual manera. Pero de lo que nadie hablaba era del lugar exacto donde el dorado reinaba. Unos decían una provincia y otros otra. Al parecer caía cerca de las orillas del río Amazonas, casi en la línea equinoccial". (Pág. 10). Sale al fin la expedición en mala forma, pero decidida a seguir adelante a costa de muchas vidas, tanto de indios como de españoles. El descontento crecía, pero seguían avanzando no obstan-

te los muchos obstáculos que les salían al paso. Todo lo sufrían con la esperanza puesta en El Dorado. Había mucho resentimiento contra el capitán Urzúa debido a que este por estar muy enamorado habíase embarcado con su amante doña Inés, una criollita de gran belleza de la que no se apartaba ni un momento. Urzúa todo lo sufría con optimismo, ya sea porque estando satisfecho retozando con doña Inés poco le importaban los problemas de la expedición o porque quería mantener el buen humor de los expedicionarios. El caso es que cada día se descuidaba más de sus obligaciones, relegando decisiones importantes a sus subalternos. Los hombres resentían esta actitud juntándose cada noche un grupo que se hacía mayor a murmurar y desahogar sus descontentos. Era Aguirre quien precedía estas reuniones cotidianas, siendo el más arengador, el más amargado y el más enañado contra el gobernador, contra la expedición, contra el rey mismo. Aguirre se mostraba cada día más impaciente y urgía a los soldados tomar acción rápidamente; sin embargo nadie estaba de acuerdo con el otro y el tiempo pasaba, los bergantines andaban muy averiados y se decidió hacerse a tierra para repararlos. Se detuvieron en Matanzas, en donde la vida del gobernador Urzúa terminó, tomando el mando desde luego Lope de Aguirre, aunque había nombrado general de la expedición a un joven noble andaluz, don Hernando de Guzmán, de alto linaje, pero quien también perdió la vida pocos días después de Urzúa, por habersele considerado débil de carácter y no muy presto a acatar las decisiones de Aguirre. Este seguía matando por cualquier caso. Es por eso que a esta población se le dio el nombre de Matanzas. Al fin se repararon

los bergantines y la expedición siguió adelante, pero no para encontrar y conquistar El Dorado, sino para seguir navegando hacia el Amazonas hasta salir al mar del norte y de ahí dirigirse hacia las tierras del Perú. Este plan tan atrevido era al mismo tiempo ilusorio. Aguirre no razonaba ni veía la realidad de la situación. Contaba al principio de la expedición con bastantes hombres, que si no le eran todos leales, al menos permanecían a su vera ya fuera por miedo o por necesidad. En la primera oportunidad que tuvieron, naturalmente, lo desertaron y cuando al fin se encuentra solo en el puerto de Barquisimeto, antes de entregarse, mata a su hermosa hija Elvira, doncella de 15 años a quien amaba con ternura y de quien podría decirse que era la única debilidad del caudillo.

Muere Aguirre a manos de uno de sus marañones como él gustaba llamar a sus soldados. Le cortaron la cabeza y la exhibían como trofeo, igual que él había hecho con muchos de sus propios amigos. Su cuerpo fue descuartizado y quedó echado en los caminos. La cabeza la llevaron después a Tocuyo en donde aún se conserva, así como también sus pendones y el coselete y corpiño de la saya de terciopelo y raso que llevaba su hija cuando este la apuñaló porque "no quería que la conocieran por la hija del traidor ni que quedara para colchón de rufianes".

Cuentan los vecinos de Barquisimeto y Valencia, cuatro siglos después, que cuando se miran luces fosfóricas en un lado y otro ellos les dicen a sus hijos que es el alma de Lope de Aguirre, *el Peregrino* que no encontró dicha ni reposo en el mundo.